

COMENTARIO Invitad a todos

La bodas eran fiestas muy importantes en el antiguo Israel. Garantizaban la descendencia y la supervivencia del pueblo. Tan importantes llegaron a ser que, los israelitas, imaginaron la venida del Mesías como la llegada de un rey dispuesto a celebrar una boda real.

Jesús cuenta esta parábola para echar en cara a los fariseos y dirigentes del pueblo de Israel que hayan despreciado la invitación de Dios. El rey que quiere celebrar la boda de su hijo es Dios. Los invitados primeros son los fariseos y dirigentes de Israel. Ante su desprecio, el rey ordena extender la invitación a la gente que está en la calle y en los cruces de los caminos.

Esta parábola retrata la situación de las primeras comunidades cristianas: ante la negativa de los dirigentes del pueblo elegido, Dios ofrece su salvación a todas las personas. En las primeras comunidades había cristianos que provenían del pueblo de Israel y otros muchos que eran de otras razas y culturas. La salvación de Dios es universal.

SABÍAS QUE... La boda

Las bodas de Israel duraban una semana. Era momento de gran importancia porque el matrimonio garantizaba descendientes y la pervivencia del pueblo. En las bodas se consumían ricos alimentos y los mejores vinos. Era muy improbable que alguien rechazara la invitación a un enlace matrimonial. Esta parábola hay que entenderla como un símbolo.

Con el paso de los años la boda simbolizó la llegada del Reino de Dios. El día en el que Dios, en persona, llegue para cuidar a su pueblo, todo será como la fiesta de una boda.



ORACIÓN

Señor, Tú nos invitas a participar en la fiesta de la vida. Pero muchas veces la tristeza hace nido en nuestros días. Señor, levanta nuestros ánimos decaídos, aviva nuestra esperanza, haz florecer nuestras sonrisas.

Señor, danos la fuerza necesaria para que sepamos hacer frente a las dificultades de la vida con la fe puesta en Ti.



COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san MATEO 22,1-14

En aquel tiempo volvió a hablar Jesús en parábolas a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo, diciendo: – El Reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo.

Mandó criados para que avisaran a los convidados, pero no quisieron ir. Volvió a mandar criados encargándoles que les dijeran: tengo preparado el banquete, he matado terneros y reses cebadas y todo está a punto. Venid a la boda.

Los convidados no hicieron caso; uno se marchó a sus tierras, otro a sus negocios, los demás echaron mano a los criados y los maltrataron hasta matarlos. El rey montó en cólera, envió sus tropas, que acabaron con aquellos asesinos y prendieron fuego a la ciudad. Luego dijo a sus criados:

–La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda. Los criados salieron a los caminos y reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos. La sala del banquete se llenó de comensales.

Palabra del Señor



Dios nos invita al Reino a todos, de todas las posiciones sociales, de todas las fes religiosas... porque todos tenemos una silla que sentar y un plato que aportar.

REFLEXIÓN

Cuán alejadas están la mayor parte de nuestras fiestas actuales de lo que debe ser una fiesta de verdad. Cuanto más dinero tenemos más privadas resultan nuestras fiestas; no celebramos lo que somos, parece que nos juntamos para mostrar a los demás lo que tenemos: el despilfarro es evidente en trajes, regalos, abundancia de bebida y de comida que acaba en la basura y terminar cuanto antes porque nadie nos encontramos realmente a gusto.

Sentirse invitado

La cosa comienza con las invitaciones. No siempre podemos decir no; nos sentimos obligados por la familia, por convencionalismos sociales, porque vinieron a alguna cosa organizada por nosotros, etc. Y continua con los regalos: tampoco en esto podemos decidir; hay una lista, una cuenta corriente, un no perder tiempo aunque si dinero. Los más pequeños ponen en marcha toda su creatividad y espontaneidad para hacer el «regalo» al amigo o amiga que les ha tocado en suerte en el juego del «amigo invisible». Igual de importante son las manifestaciones, sentidas y expresadas con alborozo cuando recibimos el regalo que cada uno ha fabricado con sus manos.

Experimentar la gratuidad

Las invitaciones gratuitas son aquellas a las que podemos responder sí o no, sin que la persona que nos ha invitado se enfade si decimos que no. Por eso no nos cuesta responder que sí. Así experimentamos también al Padre de Dios cuando en la Eucaristía nos invita a participar en el banquete de bodas de su Hijo Jesús con toda la humanidad; este hijo que es el gran regalo que se da a toda persona que lo necesite, que siente que todavía queden muchas personas que no se han enterado y que hay algunas a las que se les niega la entrada porque «no son de los nuestros».



Vestirse de fiesta

Es el mismo que prepara, invita y acoge en su casa el que nos ha vestido con las vestiduras de hijas suyas a todas las personas, que por el hecho de nacer a este mundo, somos reconocidas por Él con la plena dignidad y capacidades para ser parte de la construcción de este mundo como casa de todos los hermanos y hermanas que vivimos en él. Entonces, y solo entonces, podremos todas las personas mirarnos a la cara y reconocernos, darnos las manos y construir juntos, abrazarnos y sentirnos reconciliadas, reconocer las

diferencias que se complementan y caminar juntas por caminos de alegría, de paz y de solidaridad. Aprendamos, todos los que celebramos la Eucaristía, a proyectar todo esto en los banquetes de la vida cotidiana.

Un poema, una canción, una oración

Los pies siempre se manchan cuando hay barro en el mundo.
El corazón puede estar limpio.
Tan arriba no llega el barro.
Pero los pies se manchan cuando uno sale de casa.
¡Los que no salen! Esos sí tienen limpios la cabeza y los pies. y están encerrados en su cuarto y no se mueven. y no tienen vida.
Sólo pueden salir al balcón.
y contemplar a los que se fatigan en el barro.
A los que limpian la tierra y a los que la ensucian.
A los que echan basura desde arriba, dominando la calle entera, y a los que trabajan abajo en limpiar por lo menos las aceras.
Ellos mirando desde el balcón con sus zapatos relucientes de negra neutralidad.
El que se mueve se mancha.
Tiene que pisar la tierra y hay barro.
Se mancha por lo menos los zapatos.

Patxi Loidi